CAPÍTULO XXVIII.

La prisión.

> Descansad, pues, vosotros los humildes, ya que tenéis esta dicha: el reposo huye de aquellos cuya frente ciñe una corona.
>
> SHAKSPEARE. —*Segunda parte de Enrique IV*, acto III.

Cuarenta soldados interpolados, uno con la espada desnuda y otro con una antorcha encendida, componían la escolta, ó mejor dicho, la guardia que conducía á Luís XI desde las casas consistoriales de Perona al castillo. Al poner los piés en aquella lóbrega y tétrica fortaleza parecióle oir una voz que le repetía al oído la sentencia que el poeta florentino escribió en la puerta de las regiones infernales: «Vosotros que entráis aquí, renunciad á toda esperanza.»

Si el rey hubiese tenido presente en aquel instante los infelices que á centenares y miles amontonara en los calabozos por ligeras sospechas, y varias veces sin ningún motivo, privándoles de toda especie de libertad y reduciéndoles á maldecir la vida, que sólo conservaban por una especie de instinto animal, acaso habría sentido algún remordimiento en su corazón.

La luz viva de las antorchas ofuscando la de la pálida luna, cuyos rayos resplandecían menos aquella noche que la anterior, y la claridad humosa y rojiza que esparcían por todo aquel antiguo edificio aumentaban todavía lo lúgubre y formidable de la maciza torre que llamaban *del conde Herberto*. Era la misma que Luís había visto el día antes con una espe-

cie de triste presentimiento, y que destinada para su habitación, iba á ocupar ahora, recelando con terror todas aquellas violencias á que el genio iracundo de su poderoso rival podría conducirle en estas bóvedas silenciosas, tan favorables al despotismo.

Para aumentar las penosas impresiones del rey, reparó al cruzar el patio en dos ó tres cadáveres, sobre los cuales habían echado precipitadamente unos capotes de soldado; pero no tardó en distinguir en ellos el uniforme de los arqueros de su guardia escocesa. El destacamento que estaba de facción cerca de las habitaciones del rey, según le informó el conde de Crève-Cœur, no había querido dejarse relevar del punto que se le confió al principio, originándose de aquí una reyerta entre los arqueros y los walones negros del duque, en que hubo varios muertos, antes que los oficiales de ambos cuerpos hubiesen podido restablecer el orden.

—¡Valientes y leales escoceses!—exclamó el rey al ver aquel triste espectáculo—si hubiéseis tenido que combatir hombre á hombre, ni toda Flandes, ni Borgoña pudieran presentar campeones capaces de resistiros.

—No hay duda—dijo el Acuchillado, que iba detrás del rey—pero Vuestra Majestad no ignora que el número sofoca el valor. Pocos hay que puedan hacer frente á más de dos enemigos á la vez. Yo mismo no me expondría á pelear contra tres, á menos de exigirlo mi obligación, en cuyo caso no se sigue regla.

—¡Ah! ¡ah! ¿tú estás aquí, antiguo servidor?—dijo el rey volviéndose á mirarle—¿con que tengo todavía á mi lado un vasallo leal?

—Y un fiel ministro, sea en los consejos, ó en los deberes que tiene que desempeñar cerca de vuestra real persona—dijo con meliflua voz Oliverio el Gamo.

—Todos somos leales—añadió con sequedad Tristán el Ermitaño—porque si el duque mandara dar muerte á Vuestra Majestad, no dejaría la vida á ninguno de nosotros, aun cuando deseásemos conservarla.

—He aquí lo que yo llamo una excelente garantía de fidelidad—dijo Glorioso, que, como ya hemos hecho presente, y con la volubilidad que caracteriza una cabeza destornillada, se había introducido en el acompañamiento.

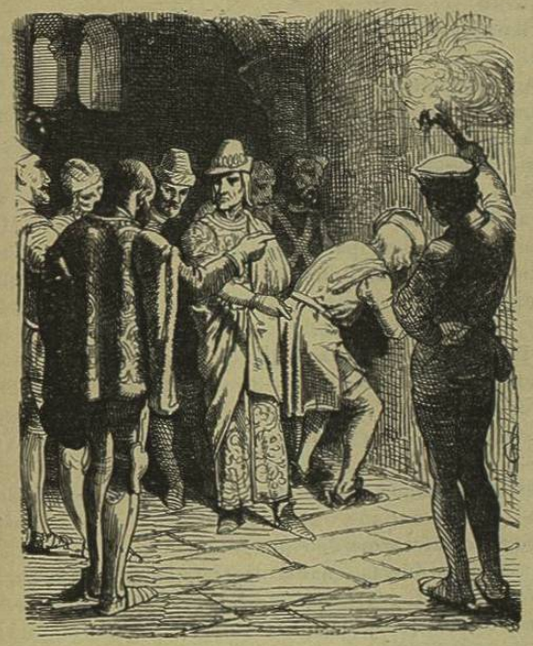
Entre tanto, el anciano alcaide, que fué llamado apresuradamente, estaba haciendo penosos esfuerzos para dar la vuelta á una pesada llave en la cerradura de la puerta de aquella antigua prisión gótica, que parecía abrirse con dificultad, y se vió obligado á pedir auxilio á uno de los soldados de Crève-Cœur. Luégo que estuvo abierta entraron seis hombres con antorchas y mostraron el camino por un corredor angosto y tortuoso, dominado de trecho en trecho por tronerillas y barbacanas abiertas en el espesor de los macizos muros. Hallábase al fin de este pasaje una escalera de igual rudeza que aquél, cuyos escalones sólo eran unos grandes pedazos de roca toscamente cortada á pico y de altura desigual. En lo alto de la escalera, una puerta de hierro les dió paso á lo que se llamaba la gran sala de la torre, donde apenas penetraba la luz á mitad del día, pues sólo llegaba á ella por aberturas que el grueso excesivo de las murallas hacía parecer más estrechas, y mejor tenían traza de rendijas que de ventanas. Sin el resplandor de las antorchas hubiera reinado en ella en aquel momento una oscuridad absoluta. Dos ó tres murciélagos ú otras aves de mal agüero, despertados por esta claridad inusitada, revolotearon al rededor de las hachas y por poco las apagaron; en tanto que el alcaide se excusaba con el rey de no hallarse en mejor estado los principales aposentos del castillo, pretextando la falta de tiempo para prepararlos, y añadiendo que realmente aquel salón había estado veinte años sin servir, y que aun antes, según había oído decir, desde el tiempo del rey Carlos el Simple, era rarísima vez habitado.

—¡De Carlos el Simple! —repitió Luís—ya conozco ahora la historia de esta torre. Aquí fué asesinado por traición de su pérfido vasallo, Herberto, conde de Vermandois, según aseguran nuestros cronistas. Ya sabía yo que debía haber relativamente al castillo de Perona una tradición, cuyas circunstancias no recordaba. ¡Con que aquí recibió la muerte uno de mis predecesores!

—No aquí, no precisamente aquí—dijo el viejo alcaide adelantándose con el ademán atareado de un charlatán muy contento en relatar la historia de las curiosidades que muestra al público—fué un poquito más lejos, en un gabinete que da al dormitorio de Vuestra Majestad.

Abrió muy listo una puerta situada al otro extremo del

aposento, que conducía á un dormitorio pequeño, según estilo en aquellos antiguos edificios; pero más cómodo, por esta misma razón, que la gran sala que acababan de atravesar. Se habían hecho en él precipitadamente algunos preparativos para recibir al rey, como cubrir las paredes de tapices, encender lumbre en una chimenea sin servicio muchos años



hacía, y echar colchones en el suelo, conforme se usaba entonces, para los que debían pasar la noche en el cuarto del rey.

—Voy á mandar que preparen camas en la antesala para el resto de vuestro séquito, señor—dijo el charlatán anciano—suplico á Vuestra Majestad que disimule. ¡He tenido tan poco tiempo para dar disposiciones!... Ahora, si es del agrado de Vuestra Majestad pasar por esa puertecita que cu-

bren los tapices, verá el pequeño y antiguo gabinete abierto en el espesor de la misma pared, donde Carlos fué asesinado. Hay en él un pasillo secreto que comunica con el patio, por el cual penetraron los hombres encargados de darle muerte. Vuestra Majestad, cuya vista presumo será mejor que la mía, podrá distinguir en el suelo las manchas de sangre, á pesar de haberse pasado más de quinientos años desde aquel acontecimiento.

Diciendo esto se dispuso á abrir la puertecita de que hablaba.

—Aguarda, anciano—le dijo el rey deteniéndole el brazo—aguarda un poco todavía, y tendrás que contar una historia más reciente y podrás enseñar manchas de sangre más frescas. ¿Qué os parece, conde de Crève-Cœur?

—Sólo puedo deciros, señor—respondió el conde—que estos aposentos se hallan á la disposición de Vuestra Majestad como los que ocupaba en el castillo de Plessis, y que la guardia exterior está confiada á Crève-Cœur, nombre que no se denigró jamás con una sospecha de traición ó de asesinato.

—¿Pero el pasillo secreto de que habla ese anciano y se encuentra en ese gabinete?—dijo Luís en voz baja y con tono de inquietud, apretando con una mano el brazo de Crève-Cœur, mientras con la otra le indicaba el cuarto referido.

—Eso será algún sueño de Mornay—respondió Crève-Cœur—alguna antigua y absurda tradición de este castillo; pero voy á cerciorarme de ello.

Iba á abrir la puerta, cuando Luís deteniéndole, le dijo:

—No, Crève-Cœur, no; vuestro honor me es suficiente garantía. Pero ¿qué piensa hacer de mí vuestro duque? No es regular que me tenga mucho tiempo prisionero... En una palabra, Crève-Cœur, manifestadme vuestra opinión.

—Señor—respondió el conde—Vuestra Majestad puede juzgar por sí mismo cuán grande debe de haber sido el sentimiento del duque de Borgoña á causa del horrible asesinato de uno de sus aliados y más próximos parientes; y sólo Vuestra Majestad se halla en estado de saber los motivos que tenga para presumir que los autores de este crimen hayan sido impulsados á él por los emisarios de Vuestra Majestad;

pero mi señor tiene una nobleza de carácter que le hace incapaz de todo manejo oculto, aun en medio de los mayores ímpetus de su furor. Todo lo que practique, sea lo que fuere, lo hará á la luz del día, á la vista de ambas naciones. Yo sólo puedo añadir que el deseo de todos los consejeros que le rodean, excepto acaso uno solo, será de que se porte en esta ocasión con tanta moderación y generosidad como justicia.

—¡Ah, Crève-Cœur!—dijo Luís tomando la mano del conde como si le hubiese afligido algún penoso recuerdo.—¡Feliz el príncipe que tiene cerca de su persona consejeros capaces de oponer un dique al torrente de sus pasiones y de su furor! Sus nombres serán escritos con letras de oro en la historia de su reinado. ¡Noble Crève-Cœur, que no me haya favorecido la suerte con un hombre como vos para estar siempre á mi lado!

—Si así lo hubiese hecho, el cuidado de Vuestra Majestad—dijo Glorioso—fuera sacudírsele lo más presto posible.

—¡Ah! ah! señor sabio, ¿también estás tú aquí?—dijo Luís volviéndose á él y abandonando el tono patético con que hablara á Crève-Cœur para tomar fácilmente otro muy parecido á la jovialidad.—¿Con que, también nos seguiste, eh?

—Sí, señor; la sabiduría debe ir detrás vestida de colorines, cuando la locura la precede con un manto de púrpura.

—¿Cómo debo entender yo esto, señor Salomón? ¿Quisieras cambiar tu empleo con el mío?

—No, á fe, señor, aunque me diéseis por añadidura cincuenta coronas.

—¿Y por qué no? Según lo que son los príncipes en el día, paréceme que pudiera contentarme de tenerte á ti por rey.

—Muy bien, señor; pero la dificultad consiste en si, juzgando yo del talento de Vuestra Majestad por el hecho de haberse hospedado aquí, me avergonzaría de tener un loco tan poco perspicaz.

—Silencio, bribón—dijo el conde de Crève-Cœur—ya dáis demasiada libertad á vuestra lengua.

—Dejadle hablar—dijo el rey—no hay objeto más propio para la zumba que las locuras de aquellos que no debieran cometerlas. Toma, juicioso amigo, toma este bolsillo de oro, y recibe al mismo tiempo el consejo de no ser tan loco, que te creas más sabio que los demás. Entre tanto, ¿quieres hacer el

favor de informarte dónde se halla mi astrólogo Marcio Galeoto, y de enviármelo aquí sin demora?

—Con mucho gusto, señor—respondió el bufón;—y estoy seguro que le encontraré en casa de Juan Dopplethur, pues los filósofos saben tan bien como los locos dónde se vende el mejor vino.

—Espero, conde—dijo Luís—que daréis orden á vuestra guardia para que permita la entrada á ese docto personaje?

—No habrá ninguna dificultad en que éntre, señor—respondió Crève-Cœur;—pero siento verme obligado á añadir que mis instrucciones me prohiben dejar salir á nadie del aposento de Vuestra Majestad. Deseo á Vuestra Majestad felices noches; voy ahora á disponer lo necesario para que las personas de vuestro séquito, que han de quedarse en la antesala, puedan estar con mayor comodidad.

—No os toméis ningún trabajo sobre este punto, señor conde—dijo el rey:—todos están acostumbrados á una vida dura; y, para hablaros con franqueza, excepto Galeoto, á quien deseo ver, quisiera tener esta noche tan pocas comunicaciones como puedan prevenirlo las órdenes que habéis recibido.

—Consisten—respondió Crève-Cœur—en dejar á Vuestra Majestad en completa posesión de sus habitaciones. Esto es lo que ha mandado mi señor.

—Vuestro señor, conde de Crève-Cœur—dijo Luís,—y pudiera también añadir el mío, es muy atento y cortés. Mi reino es algo limitado en este momento, puesto que sólo consta de un dormitorio y una sala, pero harto capaz para los vasallos que puedo alabarme de tener en la actualidad.

El conde de Crève-Cœur se despidió del rey; y un instante despues oyóse el ruido de los centinelas que iban á colocarse en sus puestos, de los oficiales que les daban el santo y la consigna, y el paso apresurado de los soldados relevados de su guardia que se retiraban. Por fin, sucedió á esto un silencio completo, y no sonó más que el sordo murmullo de las turbias y profundas aguas del Soma que bañaban las murallas del castillo.

—Retiraos á la antesala, camaradas—dijo Luís á Oliverio y á Tristán;—pero velad, estad prontos á recibir mis órdenes, porque algo de provecho nos queda que hacer todavía esta noche.

Oliverio y Tristán se retiraron á la antesala, donde se quedara el Acuchillado con los dos oficiales del gran preboste, mientras ellos seguían á su amo al dormitorio. Encendido un gran fuego de leña que alumbraba y calentaba al propio tiempo la estancia, y bien abrigados con sus capas, echáronse por el suelo en diversas actitudes que indicaban la inquietud y descaecimiento de su ánimo. Tristán y Oliverio creyeron que lo mejor que podían hacer era seguir su ejemplo; y como no fueron grandes amigos en los días de su prosperidad, no quiso el uno tomar al otro por confidente en tan extraño y repentino contratiempo. Toda la compañía quedó pues sumida en el silencio y la consternación.

Entre tanto su amo, que quedara solo en el aposento, estaba sufriendo unas angustias que podian servir de expiación á otras muchas de las que él había ocasionado. Tan pronto se paseaba por su cuarto con cortos y desiguales pasos, como se detenía juntando las manos, abandonándose, en una palabra, á una agitación, que tan bien había sabido reprimir en público. Por fin, colocándose delante de la puertecita designada por el viejo Mornay, que suponía conducir á la escena del asesinato de uno de sus predecesores, retorcióse las manos y fué gradualmente expresando sus sentimientos en el monólogo siguiente, que interrumpió muchas veces:

—¡Carlos el Simple!... ¡Carlos el Simple!... Y ¿qué epiteto dará la posteridad á Luís onceno, cuya sangre refrescará probablemente las manchas de la suya? ¿Luís el Necio?... Luís el Insensato?... Luís el Fatuo?... No; son términos todavía harto débiles para expresar mi extremado idiotismo. ¡Creer que esos atolondrados liejenses, á quienes es tan necesaria la rebelión como el aire que respiran, estarían un momento tranquilos!... ¡Pensar que el feroz Jabalí de las Ardenas interrumpiría un solo instante su carrera de violencias y brutalidad sanguinaria!... ¡Presumir que Carlos de Borgoña escucharía el idioma de la razón y la prudencia, antes de haber probado si era fácil domar un toro bravo con argumentos y exhortaciones!... ¡Oh, loco, loco mil veces yo!... Pero ese pícaro de Galeoto no se me escapará: él ha sido el agente principal en este asunto, él y ese clérigo vil, el detestable La Balue (1).

(1) Véase nota *R. La Balue.*

Si salgo de este peligro, yo le arrancaré el capelo de cardenal, aun cuando debiese quedar pegada á él la piel de su cráneo. Pero el otro traidor está en mi poder: todavía soy rey, todavía es bastante dilatado mi imperio para castigar á un charlatán, á un impostor, un impérito, un astrólogo embustero á quien serví de juguete, y que me constituyó prisionero de mi enemigo... ¡La conjunción de las constelaciones!... Sí, sí, la conjunción!... Me ha espetado una cáfila de patrañas, dignas de ser contadas al bruto de mayor marca... ¡y yo fuí harto imbécil para pensar que lo comprendía! No importa: dentro de poco veremos lo que verdaderamente predijo la conjunción. Pero ante todo, voy á atender á mis devociones.

Encima la puertecilla de aquel gabinete, acaso en memoria del acontecimiento que presenciara, hallábase un nicho con un Crucifijo de piedra toscamente labrada. El rey fijó la vista en esta imagen, é hizo un movimiento como para arrodillarse delante de ella; pero detúvose de repente, como si hubiese aplicado á este emblema religioso los principios de la política mundana, mirando como una temeridad el dirigirle sus súplicas antes de haberse procurado algún poderoso intercesor. Apartó, pues, la vista del crucifijo como considerándose indigno de mirarle, quitóse el sombrero, pasó revista á las imágenes que enteramente le circuían, y fijándose en la que representaba á Nuestra Señora de Clery, púsose de rodillas y le dirigió la singular oración siguiente. No dejará de advertir el lector que la grosera superstición de Luís consideraba hasta cierto punto á Nuestra Señora de Clery como un sér diferente de Nuestra Señora de Embrun, á quien tenía una devoción particular y consagrara muchísimos votos.

—¡Benigna Virgen de Clery!—exclamó juntando las manos y golpeándose el pecho—¡Bienaventurada madre de misericordia! tú que eres todopoderosa con el Omnipotente, apiádate de mí, pecador. Es verdad que fuí tibio en tu servicio por el de tu bendita hermana de Embrun; pero soy rey, es grande mi poder, ilimitada mi riqueza, y si acaso no bastase, impondría doble contribución á mis vasallos para pagar á las dos lo que os debo. Abre esas puertas de hierro, llena esos anchos fosos, guíame, como una madre guía á su hijo, para sacarme del apremiante riesgo en que me veo. Si dí á tu hermana el condado de Bolonia para tenerlo en posesión perpetua, ¿no tengo acaso medios para demostrarte también á ti mi devoción? Te daré la grande y rica provincia de Champaña, cuyas viñas verterán la abundancia en tu convento. La había prometido á mi hermano Carlos; pero murió, como tú sabes... envenenado por ese malvado abad de San Juan de Angely, á quien castigaré si se me deja la vida... Ya lo prometí en otro tiempo, pero esta vez cumpliré mi palabra... Si tuve algún conocimiento de este crimen, te aseguro, mi venerada Patrona, que fué porque no veía mejor medio para reprimir á los descontentos de mi reino. No me cargues esta antigua deuda; pero sé ahora lo que siempre has sido, blanda, buena, abogada de los que te invocan. Bondadosa Señora, intercede con tu Hijo para que me perdone todas mis culpas pasadas, y otra... otra muy leve que me es preciso cometer esta noche... pero ni siquiera merece el nombre de culpa: ¡amable Virgen de Clery! no, no lo es: es un acto de justicia privada, pues se trata del mayor impostor que haya vertido la mentira en el oído de un príncipe, y á más de esto tiene tendencia á la infame heregía de los griegos. No merece tu protección; abandónale á mi rigor, y mira lo que voy á hacer como una obra buena, pues es un nigromante, un brujo indigno de que te ocupes de él, un perro cuya vida no debe ser de mayor importancia á tus ojos, que la extinción de una chispa que cae de la torcida de una vela ó que salta de la lumbre. No pienses en esta bagatela ¡dulce y benéfica señora! piensa sólo en los medios de salvarme de este peligro. Yo te doy mi real palabra delante de tu gloriosa imagen, que cumpliré mi promesa relativamente al condado de Champaña, y que será esta la última vez que te importunaré por negocios de sangre, atendido que tienes el corazón tan tierno y compasivo.

Después de haber hecho este pacto extraordinario con el objeto de su devoción, Luís recitó, muy religiosamente en apariencia, los siete salmos penitenciales, cierto número de Ave Marías y otras oraciones consagradas especialmente á la Virgen. Levantóse en seguida, convencido de que ya tenía asegurada la intercesión de la Virgen, tanto más cuanto que, según la mañosa reflexión que no dejó de hacer, la mayor parte de las culpas á causa de las cuales implorara su mediación en otras circunstancias, eran de un carácter enteramente distinto; y que de consiguiente Nuestra Señora de Clery no debía

mirarle como habitual y endurecido asesino, lo que hubieran podido hacer los demás Santos que el impío fanático tomó varias veces por confidentes en este género de crímenes (1).

Después de haber así descargado su conciencia, ó digamos más bien, emblanquecídola como un sepulcro, entreabrió el rey la puerta de su cuarto, y asomando la cabeza, llamó al Acuchillado para que entrase.

—Esforzado campeón—le dijo—mucho tiempo hace que me sirves, y poco ha sido tu ascenso. Hállome aquí en una circunstancia en que tengo delante la muerte y la vida, y no quisiera morir sin satisfacer las deudas de mi gratitud, dejando, en cuanto los Santos me lo permitan, un amigo sin recompensa y un enemigo sin castigo. Ahora bien, el amigo que tengo que recompensar eres tú; el enemigo sobre quien debe recaer mi castigo, es ese malvado, ese traidor infame, ese Marcio Galeoto, que con sus imposturas y especiosos embustes me ha atraído aquí, entregándome á mi mortal enemigo; tan ciertamente con intención de aniquilarme como un carnicero conduce una oveja al matadero.

—Pues bien, yo le desafiaré, ya que tiene fama de diestro en el manejo de las armas, aunque parece estar un poco pesado—respondió el Acuchillado; el duque de Borgoña aprecia demasiado á los valientes campeones para negarles un palenque y un campo proporcionado; y si Vuestra Majestad vive y goza de suficiente libertad, me verá lidiar con él, y vengarle de un filósofo del modo más completo que desear se pueda.

—Cónstame tu valor y adhesión á mi persona; pero ese bribón es muy vigoroso y aguerrido, y no quisiera exponer tu vida, valiente soldado.

—Permítame Vuestra Majestad decirle, que no sería un valiente soldado, si no me atreviese á contrarestar á un hombre, aun cuando fuese más terrible que él. Gracioso sería que yo, que no sé leer ni escribir, tuviese miedo de un zopenco, que casi no ha hecho otra cosa en toda su vida.

—No importa; mi voluntad, Acuchillado, es evitarte todo riesgo. Ese traidor va á llegar aquí por orden mía. Lo que

(1) Véase nota *S. Oración de Luis.*

tienes que hacer es escoger un momento oportuno, acercarte á él y abrirle un ojal debajo de la quinta costilla. ¿Me entiendes?

—Sí, señor; pero Vuestra Majestad me permitirá le diga que este es un género de operación para la cual me considero muy poco á propósito. No sería capaz de matar un perro, á menos que promoviese mi enojo ladrando contra mí ó mordiéndome las piernas.

—¡Cómo! tú pretendes tener un corazón sensible, tú que, según me han contado, has sido siempre el primero en los asaltos y en aprovecharte de los placeres y ventajas que puede ofrecer la toma de una plaza ó un castillo á los que tienen un corazón empedernido y una mano pródiga en derramar sangre!

—Con la espada en la mano, señor, jamás he temido ni perdonado á vuestros enemigos. Un asalto es un lance serio; se corren allí peligros que hacen hervir la sangre, ¡y por San Andrés! preciso es que se pasen algunas horas antes que se enfríe; y esto es lo que yo llamo una excusa legítima de pillaje. Dios quiera tener compasión de nosotros, infelices soldados; el peligro nos hace perder la cabeza, y la perdemos más todavía después de la victoria. He oído hablar de una legión entera que estaba toda compuesta de santos; pues todos deberían ocuparse de interceder por sus compañeros de armas, y rogar á Dios por todo el que lleva plumero, coraza y espada. Pero lo que Vuestra Majestad se propone, se halla fuera de mi círculo, á pesar de que no negaré que es bastante espacioso. En cuanto al astrólogo, si es reo de traición, que sufra la muerte del traidor: yo no debo mezclarme en nada. Vuestra Majestad tiene en la antesala su gran preboste y dos de los suyos: semejante expedición es más propia de ellos, que de un caballero escocés que goza de alguna opinión en el ejército.

—Creo que tienes razón, Acuchillado; pero á lo menos te corresponde asegurar la ejecución de mi justa sentencia, é impedir que nadie la interrumpa.

—Eso sí: defenderé la puerta contra toda Perona. Vuestra Majestad no debe dudar de mi lealtad en todo lo que puede conciliarse con mi conciencia, y puedo asegurar es bastante ancha, tanto por el interés que me resulta, como por

el mejor servicio de Vuestra Majestad, pues he hecho ciertas cosas por vos, señor, que me hubiera comido el puño de mi daga antes de hacerlas por otro.

—No se hable más de esto, y escúchame. Cuando Galeoto haya entrado, y esté cerrada la puerta, tú te pondrás en ella de centinela con la espada en la mano, y no permitirás la entrada á nadie. Esto es todo cuanto exijo de ti; vuelve á la antesala y envíame al gran preboste.

El Acuchillado se retiró, y un momento después Tristán el Ermitaño entró en el cuarto del rey.

—Y bien, compadre—le dijo Luís—¿qué opinas de nuestra situación?

—Opino que estamos como en capilla—respondió el gran preboste, á menos que el duque nos envíe una próroga.

—Próroga ó no, es preciso que el que nos ha hecho caer en esta trampa tome la delantera, como aposentador, para prepararnos alojamiento en el otro mundo—dijo el rey con sombría y feroz sonrisa.—Tristán, tú has ejecutado muchos actos de buena justicia; pero *finis*, ó más bien *funis coronat opus*. Es preciso que me sirvas hasta el fin.

—Esto es lo que pienso hacer, señor: si no me produzco bien, soy por lo menos agradecido; y mientras viva, la menor palabra de Vuestra Majestad será una sentencia de muerte tan irremisible, tan literalmente ejecutada como cuando ocupabais el regio trono. Yo cumpliré mis deberes tanto en este recinto como en cualquier otra parte, y que hagan de mí en seguida lo que quieran; no me importa un bledo.

—No aguardaba menos de ti, querido compadre. Pero ¿tienes buenos servidores? El traidor es recio y vigoroso, y dará sin duda grandes voces para pedir auxilio. El escocés no hará más que guardar la puerta, y aun he sido feliz en poder determinarle á ello á fuerza de zalamerías y lisonjas.

Oliverio sólo sirve para mentir, adular y sugerir consejos arriesgados, y ¡por vida de Dios! juzgo que es más probable que algún día le echen el dogal al cuello, antes que le aplique él á otra persona. ¿Crees tener gente y medios oportunos para despachar prontamente?

—He tomado á Tres-Escalas y Andresillo, tan hábiles en

su oficio, que de cada tres hombres ahorcarían uno sin que lo echasen de ver los otros dos. Los tres hemos resuelto vivir y morir con Vuestra Majestad, constándonos muy bien que si Vuestra Majestad no existiese, no nos quedaría más tiempo de vida que el que nosotros concedemos á nuestros pacientes. Pero ¿quién es el sujeto que debe actualmente pasar por nuestras manos? Yo gusto de conocer á mis víctimas, porque, como Vuestra Majestad tiene la bondad de recordarme algunas veces, me ha sucedido de vez en cuando equivocarme, y tomar en vez del delincuente algún honrado labrador, que en nada ofendiera á Vuestra Majestad.

—No cabe duda.—Sabe pues, Tristán, que el condenado á muerte es Marcio Galeoto.... ¿Parece que te sorprendes? Sin embargo, esta es la verdad. Ese traidor es quien con sus falsas predicciones me determinó á venir aquí, porque quería entregarme al duque de Borgoña sin defensa...

—Pero no sin venganza—exclamó Tristán.—Aun cuando debiese ser este el último acto de mi vida, me agarraría á él como una avispa moribunda, por más que debieran estrujarme en el acto.

—No dudo de tu fidelidad—dijo el rey—y sé que al par de toda la gente de bien, hallas un placer en cumplir con tu obligación; pues la virtud, según dicen los sabios, encierra en sí misma la recompensa; pero vete, y prepara los sacerdotes, que la víctima no está lejos.

—¿Vuestra bondadosa Majestad desea que el sacrificio se verifique en su presencia?—preguntó Tristán.

Luís no aceptó esta proposición; pero encargó á su gran preboste que lo tuviese todo dispuesto para ejecutar puntualmente sus órdenes en el momento que el astrólogo saliera de su gabinete.

—Pero quiero ver por la última vez á ese malvado—dijo el rey—aun cuando no sea más que para observar cómo se portará en presencia de su señor, á quien condujo al despeñadero. No me disgustará ver cómo el temor de la muerte borra los colores de sus inflamadas mejillas y enturbia la brillantez de aquellos ojos que tan vivos aparecieran cuando me vendía... ¡Oh!... que no tenga yo igualmente en mi poder aquel cuyos consejos han secundado sus pronósticos!... Pero si escapo de esta... cuidado con vuestra púrpura, señor emi-

nentísimo: Roma misma no tendrá poder bastante para libertaros... dicho sea con perdón de san Pedro y de la Virgen de Clery, cuya misericordia es inagotable. Y bien ¿qué aguardas? Vete á prevenir tu gente. El traidor puede llegar de un momento á otro. Permita el cielo que nada sospeche. Si no viniese, fuera ello cruel contrariedad para mí. Pero, vete, Tristán: no solías antes ser tan lento en el desempeño de tus funciones.

—Al contrario, señor, pues vuestra Majestad me reprendía siempre por mi precipitación, y se quejaba de que no le comprendía bien, equivocando los sujetos al ejecutar vuestras órdenes. Quisiera, pues, que Vuestra Majestad se dignase darme una señal, por cuyo medio pudiese conocer al despedirse Galeoto, que vuestras intenciones siguen siendo las mismas; pues he visto una ó dos veces á Vuestra Majestad mudar de dictamen, y reprenderme por haber sido harto ejecutivo (1).

—¡Criatura sospechosa! Te digo que mi resolución es invariable; pero para poner término á tus observaciones, atiende bien lo que diré á ese bribón cuando le despida. Si le digo: *Hay un Dios en el cielo que debe juzgarnos*, manos á la obra. *Id en paz*, será señal de que habré variado de opinión.

—No creo, señor, que haya entre todos los de mi oficio quien tenga el entendimiento más obtuso que yo. Dignaos repetírmelo. Si le decís que vaya en paz, será señal de que tengo que poner manos á la obra: si...

—No, no, idiota, no; en este caso deberás estarte quieto; pero si le digo: *Hay un Dios en el cielo que debe juzgarnos*, pondrás su cabeza al nivel de los planetas que tan bien conoce.

—No sé si tendremos aquí los medios...

—Pues bien, si no puedes subirla, la bajarás á tus piés. ¿Qué importan los medios como se logre el fin?—dijo el rey con torva sonrisa.

(1) Varillas, en una historia de Luís XI, observa que el gran preboste se precipitaba con frecuencia tanto en la ejecución de las sentencias, que se vió el caso de dar muerte á una persona diferente de la que el rey indicara. Esto daba siempre lugar á una doble ejecución, porque la ira ó venganza de Luís no se satisfacía nunca con un castigo por sustituto.

—¿Y qué haremos del cuerpo?

—Reflexionémoslo un momento. Las ventanas de la sala son harto estrechas; pero la de este cuarto es bastante ancha. Arrojaréis su cuerpo al río, y aplicaréis á su pecho un papel con esta inscripción: *Dejad pasar la justicia del Rey*. Los oficiales del duque podrán pescarle si les diere la gana.

El gran preboste salió del aposento de Luís, y llamó á sus dos ayudantes á un rincón de la sala para celebrar una junta. Habiendo colocado Tres-Escalas una antorcha en la pared para no estar á oscuras, hablaron en voz baja, aunque no corriesen gran peligro de ser oídos, ni por Oliverio, que parecía sumido en completo descaecimiento, ni por el Acuchillado, que dormía profundamente.

—Camaradas—dijo Tristán—vosotros imaginabais sin duda que nuestras ocupaciones estaban terminadas, y que en lugar de ejercer vuestro ministerio con los demás, era más verosímil que representaríamos á nuestra vez el papel de pacientes; pero ánimo, amigos míos, nuestro bondadoso amo nos proporciona todavía una ocasión propicia para ejercitar nuestro talento, y es preciso desplegarle airosamente, como hombres que desean vivir en la historia.

—Ya presumo lo que es—dijo Tres-Escalas—nuestro amo es como los antiguos Césares de Roma, que cuando se hallaban reducidos al último apuro, como diríamos nosotros, al pié de la escalera, escogían entre los ministros de su justicia algún servidor fiel y experimentado, para evitar á su sagrada persona alguna torpe tentativa de una mano novicia, ó de un intruso en nuestra profesión. Era excelente usanza entre paganos; pero yo, como buen católico, tendría á cargo de conciencia poner la mano en el rey cristianísimo.

—Sois harto escrupuloso, hermano—dijo Andresillo.—Si el rey da la orden de su propia ejecución, no sé cómo podríamos dispensarnos de cumplirla. El que vive en Roma, debe obedecer al papa. Es fuerza que los soldados del gran preboste ejecuten las disposiciones de su jefe, como éste las de su Majestad.

—Silencio, tunantes—dijo Tristán—nada tiene que ver aquí la persona del rey. Se trata únicamente de la del hereje griego, de ese impío, de ese brujo mahometano Marcio Galeoto.

—Galeoto!—dijo Andresillo—pues no hay cosa más natural. No he conocido ninguno de esos charlatanes, de esos volteadores que pasan su vida bailando sobre una cuerda horizontal, que no la haya terminado agitándose en el extremo de otra perpendicular.

—Lo que siento—dijo Tres-Escalas, alzando hipócritamente los ojos al cielo—es que esa pobre criatura va á morir sin confesión.

—Bah! bah!—replicó Tristán—es un hereje contumaz, un nigromante... una comunidad entera de clérigos no le absolvería del castigo que tiene merecido. Además, si se le ocurriera esa idea, tú, Tres-Escalas, estás dotado de un talen-

to particular para servirle de padre espiritual. Pero lo más importante para nosotros es que creo tendréis que hacer uso de vuestros puñales, amigos míos; pues no hay aquí los instrumentos necesarios á vuestra profesión.

—No permita Nuestra Señora de la Isla de París que las órdenes del rey me encuentren jamás desprevenido—dijo Tres-Escalas.—Traigo siempre conmigo un cordón que me da cuatro vueltas por el cuerpo, y no falta en uno de los cabos un hermoso lazo corredizo.

—Y yo—añadió Andresillo—traigo siempre en la faltriquera una buena garrucha y un grueso espigón de rosca, á fin de poder ejercer mis funciones sin dificultad, caso de hallarnos en algún paraje donde los árboles sean escasos, ó tengan las ramas demasiado altas, lo cual me ha sido de mucha utilidad.

—Perfectamente—dijo el gran preboste—no hay más que colocar la garrucha en la viga que está encima de la puerta: vos echaréis en ella vuestra cuerda, y cuando Galeoto saldrá del cuarto del rey se la aplicaréis prontamente debajo de la barba, mientras que yo le entretengo conversando con él; y después.....

—Después izaremos la cuerda—añadió Andresillo—y *chic*, nuestro astrólogo estará en el cielo, pues dejará de tener los piés en la tierra.

—Pero—dijo Tres-Escalas dirigiendo la vista á la chimenea—¿no podrían esos caballeros empezar un noviciado en nuestra profesión, ayudándonos en algo?

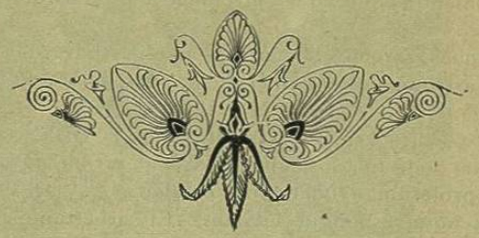
—No, no—respondió Tristán.—El barbero no sirve más que para imaginar el mal, y lo deja ejecutar á los demás; en cuanto al escocés, custodiará la puerta mientras nosotros estaremos ocupados en una operación en la cual no tiene bastante talento ni destreza para tomar parte. Cada uno á su oficio.

Los dignos ejecutores de las órdenes del gran preboste, con una actividad y una especie de placer que les hacía olvidar la precaria situación en que ellos mismos se hallaban, prepararon su garrucha y cuerda para dar cumplimiento á la sentencia dictada contra Galeoto por el monarca cautivo; manifestándose muy satisfechos de que su última acción pudiese ser tan conforme con el proceder del resto de su vida. Tristán el

Ermitaño (1) miraba muy contento estos preparativos; Oliverio no hacía caso de ellos; y si Luís Lesly se despertó al ruido de estas previas disposiciones, pensó que se ocupaban de asuntos muy agenos á su deber, y de los cuales bajo ningún aspecto podía considerársele responsable.

---

(1) El autor ha procurado atribuir al odioso Tristán el Ermitaño cierta feroz y brutal fidelidad á Luís, semejante á la adhesión de un perro de presa á su amo. Con toda la barbarie de su execrable carácter, no puede negarse que fué hombre de valor, habiendo en su juventud sido armado caballero en la brecha de Fronsac, junto con gran número de otros jóvenes nobles, por la noble mano de Dunois, *el Mayor*, famoso héroe del reinado de Carlos V.



CAPÍTULO XXIX.

La recriminación.

> El término de tus dias aún no llegó; el diablo á quien sirves no te ha abandonado todavía. Ayuda á los amigos que para él trabajan, á la manera que aquel guía ayudaba al ciego, prestándole su brazo para andar por caminos llanos y escabrosos, hasta que al llegar al borde del alto despeñadero le precipitaba abajo.
>
> *Comedia antigua.*

Obedeciendo la orden, ó mejor dicho, la súplica de Luís, pues este príncipe, sin embargo de su soberanía, hallábase en situación en que no podía hacer mucho más que suplicar, partió Glorioso en busca de Marcio Galeoto, sin que esta comisión le costase gran fatiga. Fuése en derechura á la mejor taberna de Perona, que tenía motivos de conocer, pues la frecuentaba él mismo muy asiduamente; tan aficionado era á aquella especie de licor que ponía la cabeza de los demás al nivel de la suya.

Allí encontró al astrólogo sentado en un rincón de la sala pública, llamada en flamenco como en alemán *stove*, platicando con una mujer que llevaba un traje singular con resabios de morisco ó asiático; la cual al ver que se acercaba Glorioso, se levantó como para retirarse, y dirigiéndose á Galeoto:

—Estas son noticias con cuya certeza absoluta podéis contar—le dijo. Y alejándose en seguida, desapareció entre la multitud de bebedores agrupados en diferentes mesas.